COMENTARIOS, ARTICULOS, LITERATURA

Literatura

Anunciación y elogio de un poeta

Este poeta, Miguel Hernández, desconocido conocedor de la poesía (gran conocedor de su incógnita, de la suya, de la del poeta—, que es al propio tiempo la X o la cruz en aspa de la poesía—y de la otra, más huidiza y menos despejable, la del conocimiento lírico), se anuncia, pronuncia, revela y revela escuetamente, acompañado de todas las soledades del espíritu, sobre la lucidez de su temperamento. ¿Quién es Miguel Hernández? El mismo nos responde desde las revistas que inauguran el orto de sus hallazgos: desde sus mocedades. Sin propósito de aconsonantar los dones característicos de este poeta, no es inútil decir que "puericia", "primicia" y "pericia" se acomodan en él como pasmo y conciliación de virtudes incompatibles. ¿A dónde nos lleva y de dónde "se trae" este barroco numen? No por transitar publicaciones de distinto género pierde Miguel Hernández la brújula ni el espíritu de su itinerario. Ninguna de las revistas que acogen sus versos le "contiene", porque su pasión sin énfasis—que no es incontinencia, pero que rebasa toda medida—resulta imposible de contener. Miguel Hernández amanece, quebrando albores, con madrugón no intempestivo, en "El gallo crisis", de Orihuela. Como gallo católico, logra ahuyentar las brujas del aquelarre pueblerino con sus tres irreprochables sonetos a María Santísima. Pero después, inmediatamente después, sin engallarse ni trastornarse en gallo de veleta de torre, el juvenil Miguel, perplejo de zozobras críticas, desvanece el júbilo de "El gallo crisis" y le pica en la cresta con su nada beatífico "Beatus ille" o "Silbo de afirmación en la aldea", donde mide y descomide la eficacia del ex abrupto lugareño. ¿Cómo nos persuade en su "Beatus ille" este numen agreste? "Alto de mirar a las palmeras, y "rudo de convivir con las montañas", el montaraz rapaz, tan hecho a hacer —por lo largo y tendido—aguas menores en su aldea, nos incrusta inopinadamente el cántico de la palabrota. Al zagal se le ha metido el "Diablo Mundo" en el cuerpo:

¡Cuánto labio de púrpuras teatrales,
exageradamente pecadores!
¡Cuánto vocabulario de cristales,
al frenesí llevando los colores
en una pugna, en una competencia
de originalidad y de excelencia!
¡Qué confusión! ¡Babel de las babeles!
¡Gran ciudad!, ¡gran demontre!, ¡gran... "silleta"!,
el mundo sobre rieles
y su desequilibrio en bicicleta!

¿No va demasiado lejos, no se pierde el insobornable cantor en las encrucijadas de su "menosprecio de corte"? No, no se pierde. Porque en el "fiel" atisba la "alabanza de aldea", con sus sabrosas compensaciones:

¡Ay, cómo empequeñece
andar metido en esta muchedumbre!
¡Ay!, ¿dónde está mi cumbre,
mi pureza y el valle del sesteo
de mi ganado aquel y su pastura?
Y miro y sólo veo
velocidad de vicio y de locura.
Todo eléctrico, todo de momento.
Nada serenidad, paz recogida.
Eléctrica la luz, la voz, el viento,
y eléctrica la vida.
Todo electricidad, todo presteza
eléctrica: la flor y la sonrisa,
el orden, la belleza,
la canción y la prisa.
Nada es por voluntad de ser, por gana,
por vocación de ser. ¿Qué hacéis las cosas
de Dios aquí: la nube, la manzana,
el borrico, las piedras y las rosas?

Pero el poeta insiste, a propósito de los rascacielos, en rascarse en público con sus ternos más ternes. Ahora bien: la civilidad de la urbe relega esa terminología a los suburbios de la expresión. Mas a la veracidad exasperada de un poeta no hay modo de ponerle límites.

¡Asfalto!, ¡qué impiedad para mi planta!
¡Ay, qué de menos echa
el tacto de mi pie mundos de arcilla,
cuyo contacto imanta
paisajes de cosecha,
caricias y tropiezos de semilla!

¿Hay algo ilícito en las expansiones de la hermosura? Miguel Hernández nos hace sentir como realidad legítima el triste hecho de que la belleza regüelde.

Tras la libertad católica de "El gallo crisis", la católica clausura de "Cruz y raya". El poeta pone en "Cruz y raya" el punto redondo de un "pastiche" sacramental: los últimos sacramentos de una pauta seguida e infringida paródicamente. "Quien te ha visto y quien te ve" y "Sombra de lo que eras", el auto sacramental del arcangélico Miguel me parece un peregrino alarde de fidelidad socarrona y de pericia mimética.

Con dos exquisitos sonetos retóricos se instala Miguel Hernández, al sur de España, en el aislamiento provisional de "Isla", refugio y oasis andaluz de las letras. ¿Arribada forzosa? Uno de sus sonetos —"Tabla de salvación"—, harto explícito, lo dice:

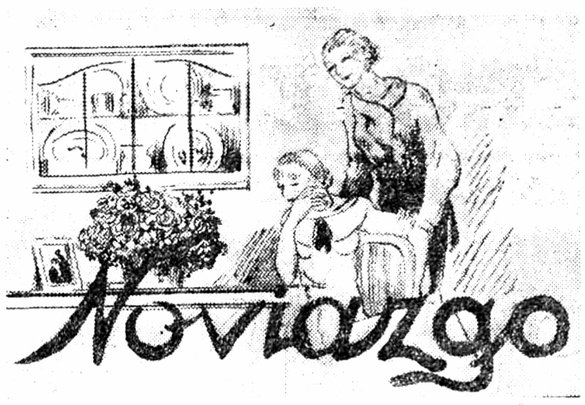
Nadie me salvará de este naufragio
si no es tu amor, la tabla que procuro,
si no es tu voz, el norte que pretendo.

Mas la veracidad del poeta no se compadece con el inflexible rigor retórico, y así, a poco, monta a pelo—al pelo—ese "Caballo verde para la poesía" que comanda, que hace como que comanda, pero que no frena—que afortunadamente no frena—el chileno Neruda. Y sobre los lomos del "Caballo verde", Miguel Hernández va ensanchando Castilla, su Castilla poética, al galope. El soberbio y absorbente cantor vive "como único" el trajín único de sus galopadas, querencioso de apropiarse ese "cosechón de páramo y llanura" que su apetencia de labriego columbró antaño.

Que nadie se oponga a la prosperidad de tan ardiente bravura. Que sea sólo Castilla la que gaste y desgaste sus juveniles ímpetus. Ebrio de vida, y en rudas paradojas, Miguel Hernández impone su primacía sobre la piel de "El caballo verde". Con marca de fuego. Su poema—"Vecino de la muerte"—proclama las más augustas y firmes vecindades de vida que pueden asistir a un hombre y corroborar a un poeta. No importa que el poeta, tal cual vez, se extralimite en el vértigo de sus algaras; tampoco importa que la metáfora brutal—"el arado y los dos bueyes"—roture con ultraje el decoro siempre intacto de nuestro origen. Miguel Hernández merece la atención y el estímulo de los amigos de la verdad y de la belleza. Por lo que ya es Miguel Hernández y por la significación latente de su numen, me cumple escribir, sin reservas ni atenuaciones, el elogio de este singular poeta de España.

JUAN JOSE DOMENCHINA

CUENTOS EXTRANJEROS



Noviazgo

—Estoy encantado, Aurorita. Máximo Linday es un muchacho muy simpático, inteligente y de gran porvenir. Ser un marido excelente, y tu madre y yo te felicitamos por tu elección. ¿Verdad, Teresa?

El Sr. Baudier miró satisfecho a su mujer y a su hija. Las dos, rubias, esbeltas y graciosas, se parecían: Aurora, con la gracia fresca y todavía ácida de una naciente primavera; Teresa, con la gracia lánguida de un espléndido verano.

Al dar las dos, el Sr. Baudier se levantó para ir a su Banco.

—¿Y tú vas a salir, Aurora? —preguntó Teresa a su hija cuando estuvieron solas.

—Sí, mamá. Estoy citada con Máximo en el tenis. Quiero decirle que estáis conformes.

—Ve, hija—dijo Teresa dándole un beso—; el noviazgo es la época más feliz de la vida. Procura estar aquí a las cinco. Yo no saldré hasta esa hora.

Media hora después Aurora participaba a Máximo Linday la buena noticia. El joven, aunque esperaba el consentimiento de los padres de Aurora, oyó la nueva con gran alegría porque amaba sinceramente a aquella deliciosa criatura. Desgraciadamente, tuvieron que separarse al cabo de un cuarto de hora. Máximo tenía que ir a ver sin falta a su tío, un viejo gruñón y muy rico, que se molestaría si no le anunciaban antes que a nadie la noticia del matrimonio.

—Iré a tu casa a ver a tus padres antes de cenar—ofreció Máximo a su novia al separarse de ella.

Aurora quedó un rato indecisa. ¿Qué hacer? Decidió, por fin, volver a casa, donde se encerraría en su cuarto a solas con su felicidad.

Tenía una llave y abrió la puerta del piso, sin ruido. Atravesó el pasillo, entró en su habitación, se despojó de su sombrero y de su abrigo y pensó que debía advertir a su madre que había vuelto.

La señora Baudier estaba de ordinario en una pequeña sala amueblada con divanes y mesitas bajas, que llamaba su estudio. Al acercarse oyó dos voces que procedían de la salita, cuya puerta estaba mal cerrada. Aurora no tuvo tiempo para indicar su presencia o alejarse. Lo que decían aquellas voces le hicieron estremecer, y, pálida de emoción, avanzó en silencio para oír mejor las palabras que pronunciaba su madre.

—Sí, Gerardo—decía con grave emoción la voz musical de Teresa Baudier—; te lo he jurado, y al fin voy a poder cumplir mi juramento. Ahora que mi hija se casa, ya no tendrá necesidad de mí y podré ser libre. Lo deseo tanto como tú.

—No tanto, Teresa—contestó una voz masculina. Piensa que desde hace cinco años eres toda mi vida. He respetado tu voluntad de consagrarte a tu hija; pero he sufrido mucho. Ahora que ese deber maternal desaparece, divórciate pronto.

Aurora no quiso oír más y corrió a refugiarse en su cuarto, pálida y temblorosa. ¡Su madre..., su madre y Jorge Dehelder! Se preguntaba cómo jamás había sospechado nada. Dehelder era un amigo de la casa, un amigo que siempre le había parecido insignificante. Y no lo era. Su madre lo amaba. Por él iba a divorciarse.

—¡Y va a abandonar a mi padre!—gemía horrorizada—. ¡Va a dejar al pobre papá!... Y todo porque yo me caso... ¡No, no; no quiero! Entonces yo sería también culpable. ¡No quiero!

Sollozaba cuando se abrió la puerta. Era su madre.

—¿Qué te ocurre, pequeña?

Aurora alzó la frente y miró a Teresa fijamente.

—No quiero casarme.

—¿Por qué?

—No me preguntes por qué. No me casaré nunca.

—¿Acaso has oído...?—preguntó Teresa presintiendo la verdad y recordando entonces haber oído pasos junto a la puerta de la salita.

—Sí, mamá. ¿Cómo tienes valor para dejar a papá, tan bueno y que tanto nos quiere? ¡Separarte de él y dejarlo sólo! Se moriría el pobre. Hasta hoy te has sacrificado por mí; pero ahora él iba a ser el sacrificado y yo sería cómplice, puesto que la causa es mi matrimonio. No quiero casarme y seguirás con nosotros, mamá.

Teresa se sentó junto a su hija.

—No me creas inhumana y egoísta, querida. Lo que acabas de sorprender me obliga a revelarte hoy lo que no quería decirte hasta que estuvieras casada. Fué por tu causa, querida Aurora, por lo que tu padre y yo no nos hemos divorciado hace diez o doce años. No hemos querido que tú fueses la víctima inocente de nuestra separación. El sacrificio ha sido grande por parte de tu padre y mía. Pero descubrimos, tanto él como yo, nuestra libertad, y nos dimos palabra de divorciarnos tan pronto como te casaras y no nos necesitases. Hace poco tu padre me recordaba nuestra promesa. Por eso se ha alegrado tanto al saber tu matrimonio. Si lo dudas, pregúntale.

No: Aurora no dudaba. Pero algo que se derrumbaba en ella, algo que era su pasado de niña y de adolescente: sus alegrías, sus sueños, sus ternuras familiares, le hacía sollozar más fuerte.

—¡Oh, y yo no sabía..., no sabía...!

—Comprenderás, querida, que puedes casarte sin remordimiento alguno.

Hubo un silencio, y Aurora murmuró:

—¡Y yo que os creía felices!... ¡Es espantoso!... Pero Máximo me ama y yo le amo. Nosotros seremos dichosos—afirmó convencida.

—Seguramente—dijo Teresa, que pensaba en los espejismos de su propio noviazgo.

FREDERIC BOUTET

Charlas femeninas

Caras caras

¿Sabéis, lectoras, lo que le cuesta al tío Sam anualmente la faz de sus mujeres...? Céntimo más o menos, 500 millones de pesetas... Sólo la cara, sin contar el pelo ni el tipo, que, según se ha averiguado por una conferencia celebrada en Nueva York, suben a otros 400 millones más.

Y no es eso de decir que es por falta de cerebro, desde el momento en que el "stándard" de inteligencia en las yanquis bate el "récord" mundial; no queda más remedio, por lo tanto, que pensar que el cultivo de la belleza es prueba de talento, y habrá algo de cierto en lo de que la mujer que se empeña en ser hermosa termina por parecerlo.

Algo exagerado lo de hermosa en una que no ha nacido siéndolo; pero es innegable que hoy sólo existen mujeres agradables o desagradables, según sean simpáticas o no, y que aquellas feas catastróficas, irremediables, de hace unos años se han extinguido desde el perfeccionamiento y popularidad de los cosméticos.

En Norteamérica cuesta mucho el cultivo del palmito. ¿Qué importa? En tratándose de su apariencia personal, la americana no vacilará en el gasto, sea porque lo gane ella, su padre o su marido. Los "fabricantes de belleza" se aprovechan de tan buena disposición para tentarlas, en un derroche de propaganda, con novedades que a menudo no tienen de ello más que el nombre y la presentación.

Así, por ejemplo, anuncian haber lanzado a la circulación perfeccionadas cejas y pestañas postizas que desafían descubrir el truco, como las anteriores, a primera vista, y uñas artificiales para mujeres atareadas que no tienen tiempo de dedicar bastante atención a las suyas y quieren en unos minutos lucir en el teatro o restaurante diez cornalinas talladas en forma de almendra. Dentera da sólo el pensarlo.

Masajistas y dietéticos también hacen allí su agosto, porque tanta o más preocupación que su cara proporciona a las americanas su tipo. Acaban de inaugurarse en sitios céntricos coquetones restaurantes donde se sirven comidas de régimen, sea para adelgazar o adquirir peso. Cada plato va indicado con sus calorías y su riqueza o escasez en azúcares, calcio, fósforo, proteínas, caseínas, vitaminas y demás substancias misteriosas descubiertas, con el fin de iluminarnos y complicar nuestra existencia. Así, una señora a quien le indiquen un promedio de mil calorías diarias y se haya excedido añadiendo patatas fritas al pollo renunciará a la tarta de crema en favor de una taza de café turco; en cambio, la que insista en probar la tarta tomará como plato fuerte para nivelar sus efectos una docena de ostras con pan negro.

Las ostras son el gran recurso para las que quieren conseguir la línea lapicero, tan en boga. Una nota al margen hace su panegírico recomendándolas, por su riqueza en calcio, iodo, fósforo, etcétera, lo mismo a las mujeres nerviosas que a las apáticas. ¿Cómo no si son el alimento más fácil de preparar y que más ganancia da al fondista?

¡Pobres ostras!... Ellas, que no piden más que vivir en paz, dedicadas a la estática laboriosidad de la vida espiritual, y he aquí que por descubrir que, además de ricas en perlas, lo son en calcio, fósforo, etcétera, les cortamos la carrera asesinándolas, al igual que a Arquímedes, cuando quizá, como él, acaban de solucionar un teorema.

* * *

El traje de noche que os he dibujado, ideal para señora joven, reúne todas las ventajas de los vestidos de "cock-tail" o "tailleurs de minuit", como empieza a llamarlos París. Su éxito se debe a ir acompañados por una chaquetita (la del modelo no tenía mangas, por llevarlas el vestido) del mismo tejido que la falda y completar un conjunto severo que puede frivolizarse para bailar una vez desprendidas de la chaquetita o torera.

Terciopelo "joli cœur" negro, con cuerpo, también de terciopelo, en un brillante azul eléctrico adornado con símiles y pedrería de color.

MARIA DE MUNARRIZ

Stilográficas MOZO

Millares donde elegir de las mejores marcas. Bonitos juegos de stilográfica y lápiz. Ricas stilográficas de oro propias para regalos REPARACIONES PERFECTAS

Casa MOZO AL.CALA, 9 Papelería

Para contarlo en voz baja

EL JUEGO DE MANOS DEL RELOJ

¿Ustedes han leído? Ahora resulta que ni los presupuestos. Vamos a ir tirando unas semanitas, a sacar lo que se pueda de los proyectos que se discuten, y cuando llegue el instante decisivo, con una prórroga se arregla todo.

¿Recuerdan ustedes el prestidigitador que pedía un cronómetro de oro, lo envolvía en un pañuelo, lo golpeaba violentamente con un martillo, lo hacía añicos... y luego no recordaba bien el "truco"?

Pues... ¡Mucho cuidado, no se vaya a repetir la escena y nos quedemos los españoles con el reloj convertido en chatarra!

Tantas idas y venidas, y conferencias, y reuniones, y herméticos, nos dan la impresión de que han olvidado el "truco" del juego de manos y de que andan un poco asustados y sin atreverse a desenvolver el pañuelo.

UN CHISME AL OIDO

Uno de esos chismosillos e indiscretos, a quienes les gusta acercarse a la gente para darle malas noticias, nos ha venido a decir al oído:

—Ya habrá usted visto que no hay medidas concretas y rotundas, como todos esperábamos. Ese señor tiene miedo a dar un paso en falso. Se ha oído—¡buen olfato tiene!—que el denunciante, llegado el momento, y quizá por abundantes razonamientos de diversa índole, se atreva a decir, confiando en su irresponsabilidad como ausente y en su insolvencia moral, que nada de lo dicho era cierto, y que donde dijo Diego, etc., etc. En este caso probable, ¿qué haría ese señor con las medidas que ahora pudiese tomar? Por esta lógica y estimable precaución no ocurren novedades sensacionales. Y por tales consideraciones prepárense ustedes a enterarse un día que todo fué una pura broma. Y que aquí no ha pasado nada.

Por nuestra parte se lo contamos en voz baja a nuestros lectores.

UNA RESPUESTA

Resulta que la muchacha, que tiene talento y buena figura, y no es mala actriz, lleva mucho tiempo sin trabajar.

Con honda amargura se lo estaba contando el otro día a una compañera que trataba de consolarla, y que de pronto le propuso crudamente:

—¿Tú quieres trabajar en la obra de X...?

—¡Claro que sí!

—Pues entonces...

Esta parte de la proposición, que imaginamos que eran las condiciones imprescindibles, no las pudimos escuchar. Pero la interesada, sonriente, sin alterarse, con la más encantadora de las sonrisas, respondió:

—Yo necesito trabajar para vivir... Si aceptase eso que me dices, entonces viviría y no tendría necesidad de trabajar, ¿comprendes?

LAS ARTES

LA UNION DE DIBUJANTES CELEBRA EL EXITO DEL SALON DE HUMORISTAS

Para festejar el éxito alcanzado con el XVII Salón de Humoristas, la Unión de Dibujantes celebrará mañana, martes, un almuerzo, a las dos de la tarde, en céntrico restaurante. Pueden adquirirse las tarjetas en el domicilio social, carrera de San Jerónimo, 5.

EXPOSICIONES DE P. A. BUYLLA, BORRAS CASANOVA Y SEÑORITA LIÑAN, EN EL CIRCULO DE BELLAS ARTES

Pasado mañana, a las seis y media de la tarde, se inaugurarán en los salones del Círculo de Bellas Artes las exposiciones de pintura de Plácido A. Buylla, de Borrás Casanova y de la señorita Liñán.

La entrada será pública los días laborables, de seis y media a nueve de la noche, y los domingos sólo se abrirá por las mañanas, de once a una.

HA MUERTO "AGUSTIN"

A consecuencia de penosa enfermedad, soportada con resignación, falleció ayer en Madrid el popular dibujante y pintor don Agustín López González.

"Agustín", como él firmaba sus trabajos, venía padeciendo una faringitis de carácter tuberculoso. Hasta hace un mes asistía diariamente a una tertulia de pintores, escultores y escritores, en el Círculo de Bellas Artes. Era un hombre bueno, lo que se dice bueno, y todo lo que fué en su vida se lo ganó con esfuerzo constante.

Ha muerto a los cincuenta y nueve años. Comenzó a ser conocido en la Escuela de Bellas Artes como uno de sus más destacados alumnos, después de haber sido oficial en algunos talleres de pintores decoradores. La facilidad con que dibujaba de memoria le llevó a colaborar en los periódicos ilustrados, "España Nueva" y "La Tribuna", y más tarde, en "Heraldo de Madrid", "España Libre", "El Imparcial", "Vida Nueva", "A B C", "Blanco y Negro", "Ahora", "Estampa", etcétera.

Como pintor presentó obras en exposiciones nacionales, y como cartelista obtuvo algún premio en los concursos del Círculo de Bellas Artes. En la Escuela de Artes y Oficios desempeñaba una auxiliaría de dibujo.

Uno de los últimos retratos de "Agustín"

Con "Agustín" desaparece una figura que encarnaba el Madrid de los barrios bajos, con su ingenio castizo, y un archivo de noticias acerca de las transformaciones que ha sufrido durante cincuenta años la capital de España.

Descanse en paz. Reciban su esposa e hijos la expresión de nuestro pésame más sentido.

Folletón de LA VOZ **Número 188**

FORTUNATA Y JACINTA

(Dos historias de casadas) ◆ **Por DON BENITO PEREZ GALDOS**

III

Una tarde, doña Lupe vió entrar a su sobrina tan desolada, que no pudo menos de irsele encima llena de irascibilidad, no pudiendo sufrir ya que no le confiase sus penas, cualquiera que fuese la causa de ellas.

—¿Te parece que éstas son horas de venir? Y haz el favor, para otra vez, de dejarte en la calle tus agonías y no ponérteme delante con esa cara de viernes, pues bastantes espectáculos tristes tenemos en casa.

Fortunata tenía su interior tan tempestuoso, que no pudo contenerse, y estalló con esa ira pueril que ocasiona las reyertas de mujeres en las casas de vecindad.

—Señora, déjeme usted en paz, que yo no me meto con usted, ni me importa la cara que usted tenga o deje de tener. Pues estamos bien... Que no pueda una ni siquiera estar triste porque a la señora ésta le incomodan las caras afligidas... Me pondré a bailar, si le parece.

No estaba acostumbrada doña Lupe a contestaciones de este temple, y al pronto se desconcertó. Por fin hubo de salir por este registro:

—Eso de que me ocupe o no me ocupe, no eres tú quien lo ha de decidir. ¿Pues qué? ¿Han tocado ya a emanciparse? Estás fresca. ¿Crees que se te va a tolerar ese cantonalismo en que vives? ¡Me gustan los humos de la loca ésta!... Ya te arreglaré, ya te arreglaré yo.

Estaba la otra tan violenta y tenía los nervios tan tirantes, que al apartar una silla la tiró al suelo, y al poner su manguito sobre la cómoda dió contra un vaso de agua que en ella había.

—Eso es, rómpeme la sillita... Mira cómo has derramado el agua.

—Mejor.

—¿Sí?... Ya te mejoraré yo, ya te arreglaré.

—Usted, señora, se arreglará sus narices, que a mí no me arregla nadie...

—No quiero incomodarme, no quiero alzar tampoco la voz—dijo doña Lupe levantándose de su asiento—, por que no se entere ese desventurado.—Salió un momento con objeto de cerrar puertas para que no se oyera la gresca, y a poco volvió al gabinete, diciendo—: Se ha quedado dormido. Si te parece, haz bulla para que no descanse el pobrecillo. Te estás portando... ¡Silencio!

—Si es usted la que chilla... Yo bien callada entré. Pero se empeña en buscarme el genio.

—Mete ruido, mete ruido. Ni siquiera has de dejar dormir al pobre chico.

—Por mí parte, que duerma todo lo que quiera.

—Y lo que más me subleva es tu terquedad—dijo doña Lupe bajando la voz—y ese empeño de gobernarte sola, sí, esa independencia estúpida...; tú te lo guisas y tú te lo comes. Así te sabe a demonios. Bien empleado te está todo lo que te pasa, muy bien empleado.

Tanta turbación había en el alma de la esposa de Rubín, que la ira estaba en ella como prendida con alfileres, y al menor accidente, una nada, determinaba la transición de la rabia al dolor y de la energía convulsiva a la pasividad más desconsoladora. Algo se derrumbaba dentro de ella, y perdiendo toda entereza, rompió a llorar como un niño a quien le descubren una travesura gorda. Doña Lupe se vanaglorió mucho de aquel cambio de tono, que consideraba obra de sus facultades persuasivas. Fortunata se dejó caer en una silla, y más de un cuarto de hora estuvo sin articular palabra, oprimiendo el pañuelo contra su cara.

—Pues sí, tía..., es verdad que debiera yo... contarle a usted... No lo hice porque me parecía impropio. ¡Qué barbaridad! Traer a esta casa cuentos de... Soy una miserable; yo no debo estar aquí... Hasta llorar aquí por lo que lloro es una canallada. Pero no lo puedo remediar. El alma se me deshace. Yo tengo que decirle a alguien que me muero de pena, que no puedo vivir. Si no lo digo reviento... Usted crea lo que quiera..., pero soy muy desgraciada. Yo sé que me lo merezco, que soy mala, mala de encargo...; pero soy muy desgraciada.

—Ahí tienes—le dijo doña Lupe moviendo la mano derecha, con dos dedos de ella muy tiesos, en ademán enteramente episcopal—, ahí tienes lo que te pasa por no hacer lo que yo te digo... Si hubieras seguido los consejos que te di este verano no te verías como te ves.

La otra estaba tan sofocada, que su tía tuvo que traerle un vaso de agua.

—Serénate—le decía—, que ahora no te he de reñir, aunque bien lo mereces. No, no necesitas explicarme lo que te pasa; justo castigo de Dios. ¿Crees que no tengo yo pesquis? Me basta verte la cara. Ello tenía que suceder, porque los malos pasos conducen siempre a malos fines... El resultado es que sale todo lo que yo digo. El pecado trae la penitencia. Otra vez te da carpetazo ese hombre, ¿acerté?

—Sí, sí... ¡Pero qué infame!...

—Anda, que los dos estáis buenos. Tal para cuál. Las relaciones criminales siempre acaban así. Uno se encarga de castigar al otro, y el que castiga ya encontrará también su trancazo en alguna parte. Pues estás lucida... Tras de cornuda, aporreada y después sacada a bailar.

—¡Pero qué infame!—volvió a decir Fortunata, mirando a su tía con los ojos llenos de lágrimas—. ¿Pues no ha tenido el atrevimiento de decirme, entre bromas y veras, que yo estaba enredada con Ballester? Pretextos, "tiologías" y nada más. De seguro que no lo cree.

—Aguanta, que todo te lo tienes bien merecido. Ni vengas a que yo te consuele... Acudiendo con tiempo no digo que no. Abres ahora los ojos y te encuentras horriblemente sola, sin familia, sin marido, sin mí.

Fortunata, con un pánico semejante al de quien se está ahogando, agarróse a la falda de doña Lupe, y vuelta a soltar un raudal de lágrimas.

—No, no, no..., yo no quiero estar sola..., triste de mí. Dígame usted algo; siquiera, que tenga paciencia; siquiera, que me porte ahora bien... Sí, me portaré bien; ahora, sí; ahora, sí.

—Ahora, sí. Vaya, hija, no madrugues tanto. Tú no te acuerdas de Santa Bárbara sino cuando truena. ¿Qué sacaría yo de consolarte ahora y corregirte, si el mejor día volvías a las andadas?

—Ahora, no...; ahora, no...

—Quien no te conoce, que te compre... Al extremo a que han llegado las cosas me parece que no debo intervenir ya ni tomar vela en ese entierro. Sería hasta indecoroso para mí. Resultaría... así como cierta complicidad en tus crímenes. No, hija, has acudido tarde... ¡Te he estado metiendo la indulgencia por los ojos sin que tú la quisieras ver, y ahora que te ahogas vienes a mí!... ¡Ay!, no puedo, no puedo.

Y sin decir más se fué a la cocina, pensando que toda severidad era poca contra aquella mujer y que convenía aterrorizarla, a ver si se sometía al fin de una manera absoluta.

Pronto se hizo de noche. Los días menguaban, entristeciendo el ánimo de los que ya por otros motivos estaban tristes. A las seis y media la casa estaba a obscuras, y doña Lupe retardaba el encender luces todo lo posible. Fortunata, en el cuarto de su marido, y casi a tientas, llegó al sofá donde él estaba echado y le preguntó si tenía ganas de comer, sin obtener respuesta. Oía los suspiros que daba el infeliz, y en una de aquellas aproximaciones, Maxi, cogiéndole las manos, se las apretó con afecto. Algo había en el alma de Fortunata que respondía a tal demostración de ternura. Sentía hacia él cariño semejante al que inspira un niño enfermo, efusión de lástima que protege y que no pide nada.

Doña Lupe trajo luz, y mirando a los esposos con sus ojos encandilados por el vivo resplandor de la llama de petróleo, dijo, sin duda por animar a Maxi con una broma:

—¿Ya estáis haciendo los tortolitos?... Más cuenta te tiene comer. ¿Quieres que ésta coma contigo?

—Sí, sí, yo comeré aquí—dijo la esposa prontamente—. Y él comerá también, ¿verdad hijo? ¿Verdad que comerás con tu mujer? Ella te cortará los pedacitos de carne y te los irá dando.

—Pues yo os mandaré la comida—indicó doña Lupe, poniendo la pantalla al quinqué y acortando la llama—. Tengo hoy un arroz con menudillos que es lo que hay que comer.

En el rato que estuvieron solos, antes de que entrara Papitos con el servicio y la sopa, Maxi endilgó a su mujer algunas frases erteramente ceñidas al endiablado asunto que constituía su demencia. Fortunata lo apoyó en todo, mostrándose muy penetrada de la urgencia de establecer como realidad social el principio de solidaridad de la substancia divina. A todo decía que sí, y mientras comían notó que el enfermo se animaba extraordinariamente, llegando hasta mostrarse alegre, locuaz y poniendo un singular calor en sus proyectos de apostolado. En un momento que salió fuera preguntóle Fortunata a su tía:

—¿Y le dió usted al fin esas píldoras?

—Sí por cierto. Esta mañana, en ayunas, se tomó una, y a las cuatro le di otra. ¿No lo dispuso así Ballester?...

—Sí... Vea usted por qué está tan avispado. ¡Vaya con el cáñamo ése! Pero los disparates son los mismos; sólo que ahora no ve las cosas de un modo tan negro, sino que las toma por lo risueño.

Volvió al lado de él y le fué dando los menudillos con el tenedor, y él se los comía con gana, sin cesar de hablar y aun de reír. Su risa plácida no parecía la de un demente.

Fortunata sentía leve consuelo en su alma y se decía: "¡Si Dios quisiera que se pusiera bueno!... Pero cómo va Dios a hacer nada que yo le pida... ¡Si soy lo más malo que El ha echado al mundo! Para mí esta casa se tiene que acabar. ¿Adónde me retiraré? ¿Qué será de mí? Pero adondequiera que vaya me gustará saber de este pobrecito, el único que me ha querido de verdad, el que me ha perdonado dos veces y me perdonaría la tercera... y la cuarta... Yo creo que me perdonaría también la quinta si no tuviera esa cabeza como un campanario. Y esto es por culpa mía. ¡Ay, Cristo, qué remordimiento tan grande! Iré con este peso a todas partes y no podré ni respirar."

Después de comer estaba él animadísimo, cual no lo había estado en mucho tiempo; pero sus conceptos eran de lo más estrafalario que imaginarse puede. Como entraran doña Silvia y Rufinita, de visita, doña Lupe se fué con ellas a la sala, y los esposos se quedaron solos. Maxi se levantó y estiró todo el cuerpo, elevando los brazos. Los huesos crujieron; hizo diferentes contorsiones, que parecían un trabajo de gimnasia, y luego volvió a sentarse, abrazando a su mujer y que-

(Continuará)